

PROPOSITOS.

1. Sufriré con paciencia á los malos cuantas vejaciones maquine contra mí su malicia; y muy lejos de indignarme contra ellos, ó de procurar su ruina, pediré á Dios que se apiade de su desventura, que los llene de luz para que conozcan el mal y lo aborrezcan, y perciban la hermosura de la virtud y la abracen. La oracion, pasto del alma cristiana, y medio por donde el hombre llega á su Criador, endulzará la amargura y hiel de las persecuciones, y será el medio con que, á imitacion de mi Dios, pague á mis enemigos con beneficios los males que quisieren hacerme. ¿Qué fruto podria sacar de la venganza? ¿desharia esta acaso la calumnia? Si mi honor ha padecido ya entre las gentes alguna lesion, ¿serán tan necios los hombres que me crean inocente porque he tomado venganza de mi enemigo?

Jesucristo, el Hijo de Dios eterno, que se vistió de nuestra carne para darnos ejemplo y dejarnos señaladas las huellas por donde guiemos nuestros pasos á la bienaventuranza, este Señor es el modelo que debe proponerse todo cristiano cuando se vea calumniado ó perseguido. Mire con atencion sus procedimientos; examine sus obras y sus palabras; contémplesle en todos los momentos de su vida, y hallará un poderoso motivo de acallar los resentimientos del amor propio. ¿Podrás tú acaso presentar tantas persecuciones como el Hijo de Dios? ¿se habrán dicho contra tí tantas calumnias, tantos falsos testimonios? ¿Querrás comparar tu inocencia con la inocencia de tu Salvador? ¿Podrás gloriarte de haber hecho á tus enemigos tantos beneficios y gracias como aquel que ofreció por ellos hasta el sacrificio de su vida?

No hay temeridad en el mundo capaz de resistir á

semejantes reflexiones. La fuerza con que estímulo é intima la caridad sus obligaciones, vigoriza toda la consideracion que acabas de hacer. Los ejemplos de tantos justos que han trillado antes que tú este camino, y señaladamente el del santo de este dia, desvanecen cuantos obstáculos y excusas pudieran alegar la tibieza, la irresolucion y el amor propio. Aquel que te precedió, imitó á su maestro, que lo es tambien tuyo, Jesucristo. La gracia que este Señor le granjeó con sus méritos infinitos, le hizo capaz de obras tan sobrenaturales. La misma gracia tendrás tú siempre que por tu parte quieras sujetarte á sus influjos, y oir sus dulcissimas inspiraciones. Luego nada hay que pueda retraerte de la ejecucion, sino tu misma malicia. Luego serás responsable, no solo de la infraccion de los divinos preceptos, sino de estas reconvenciones. ¡Oh, y qué cargo tan duro!

DIA DIEZ Y SIETE.

SAN ANICETO, PAPA Y MÁRTIR.

San Aniceto, duodécimo papa despues de san Pedro, fué originario de Siria. Nació hácia el fin del primer siglo; y la grande reputacion que ya tenia en la Iglesia hácia la mitad del segundo, es testimonio de la santidad con que pasó los primeros años de su vida. Fué hombre de superior genio, de extraordinaria grandeza de alma, de tanto teson y de tanta intrepidez, que miraba con desprecio los mayores peligros, y de zelo tan ardiente por la verdad y por la fe, que fué constante y universalmente tenido por azote de los herejes. Era venerado por uno de los mas sabios y mas santos presbiteros de la iglesia de Roma,

cuando, habiendo sido coronado con el martirio san Pio papa el año de 157, fué nombrado Aniceto por sucesor suyo.

Tenia necesidad la Iglesia de un pontífice tan grande en tiempo que la malignidad y la multitud de los herejes no perdonaban á medio alguno para corromper la santidad de sus costumbres y la pureza de su fe. Casi todos estos enemigos declarados de Jesucristo se habian juntado en Roma, donde siempre ha reinado y florecido la fe en todo su vigor, con el fin de hacer todo lo posible para envenenarla en la misma fuente.

En tiempo de San Higinio papa habia ido á ella aquel impío heresiarca Valentino, que habiendo hecho grandes progresos durante el pontificado de san Pio, adelantaba cada dia con nuevas conquistas. Cierta miserable mujercilla, llamada Marcelina, de la infame secta de los carpocracianos ó gnósticos, que tambien habia llegado á dicha ciudad, pervertia mucha gente. Desde el principio del pontificado del mismo san Pio habia comenzado tambien el impío Marcion á sembrar sus errores en la cabeza del mundo cristiano; de suerte que, cuando Aniceto se sentó en la silla de san Pedro, se vió como rodeado de monstruos que respiraban veneno; pero á todos los exterminó durante su pontificado, persiguiéndolos hasta sus mismas madrigueras, y no perdonando diligencia alguna para preservar á los fieles de la ponzoña con antidoto oportuno.

Echó Dios la bendicion al zelo y á los trabajos del santo pontífice. En poco tiempo se vió libre el rebaño de las enfermedades contagiosas por los desvelos del pastor. Descubiertos y confundidos los valentinianos, los marcionistas y todos los demás herejes por el zelo de nuestro santo, fueron objeto de la execucion de todo el mundo. Instruyó y gobernó á su pueblo con tan

feliz suceso, que Roma, centro de la unidad y de la fe, lo fué igualmente de la santidad, y el teatro de la virtud cristiana. Así lo testifica Hegesipo, que estuvo en Roma en tiempo de san Aniceto.

Habiendo este insigne hombre, no menos sabio que santo, tratado en su viaje á muchos obispos de Occidente, y habiendo observado en Roma así la pureza de la fe, como la santidad de las costumbres de los fieles, admirado de lo uno y de lo otro, hizo un magnífico elogio del pastor y del rebaño. Escribió en cinco libros la historia eclesiástica, desde la pasion de Cristo hasta su tiempo, que se reducía á una sincera coleccion de las tradiciones apostólicas; pero ya no nos han quedado de una obra tan antigua y tan auténtica mas que algunos fragmentos conservados por Eusebio, en los cuales se ve la sinceridad con que san Hegesipo da testimonio de que hasta su tiempo no habia silla episcopal, ni ciudad cristiana, donde no se observase lo que manda nuestra santa ley, lo que los apóstoles habian predicado, y lo que habia enseñado el mismo Jesucristo, distinguiéndose Roma entre todas.

Hacian de cuando en cuando los herejes algunos esfuerzos para corromper la fe; pero la vigilancia de Aniceto atajaba los efectos de sus perniciosos intentos. Al principio de su pontificado le vino á visitar san Policarpo, discípulo de san Juan evangelista, y obispo de Esmirna, que lleno de estimacion y de singular veneracion á nuestro santo pontífice, tuvo especial consuelo en pasar á conferenciar con él sobre algunos puntos de disciplina eclesiástica, en que aun no habian convenido las iglesias griega y latina, y todavia no estaban decididos. Presto se concordaron los dos santos. Como era tanto lo que san Policarpo deferia y respetaba al vicario de Cristo, y era tan singular la estimacion que Aniceto hacia de Policarpo, estrecharon

entre sí una íntima amistad. No contribuyó poco esta buena inteligencia para confundir á los herejes, y para conservar á los verdaderos fieles en la pureza de la fe que habian recibido de los apóstoles; ni fué menos conducente para que floreciese en aquella capital la santidad de costumbres que edificaba tanto á todo el mundo cristiano. Bien se puede asegurar que, si la verdad y la virtud fueron tan combatidas en Roma por aquella multitud de herejes que habian concurrido á ella, no fueron menos valerosamente defendidas por la concurrencia de tantos santos, y de tantos hombres grandes como juntó tambien en ella la divina Providencia.

Amás de san Aniceto, san Policarpo y san Hege-sipo, de quienes acabamos de hablar, se vió al mismo tiempo en Roma san Justino, uno de los mas brillantes astros de su siglo. Allí compuso la mayor parte de sus obras, que fueron tan útiles para disipar las calumnias de los gentiles, y para alumbrar á tan prodigioso número de herejes. Teniéndose por dichoso este insigne santo de poder secundar en algun modo el zelo de tan gran papa, estableció en Roma, segun el plan que le dió el mismo Aniceto, una escuela de virtud, en que daba lecciones de religion á cuantos querian ser instruidos. Correspondió el fruto á su zelo; porque apenas se vió en otro tiempo tanta constancia y tanto fervor entre los fieles, á pesar de la persecucion de los paganos y de los esfuerzos que hacian los herejes para corromper la fe y las costumbres.

Gobernó la Iglesia san Aniceto, segun Eusebio y Nicéforo, por espacio de doce años, con admirable zelo, prudencia y vigilancia. Aun en tiempos tan turbulentos y tan nebulosos encontró lugar su solícitud pastoral para descender á las mayores menudencias de la vida ejemplar que deben observar los

clérigos, y á muchos puntos importantes de disciplina eclesiástica.

Prohibió que los clérigos llevasen el cabello largo, segun la ordenacion del Apóstol, y mandó que todos anduviesen con corona ó tonsura clerical. Afirma san Gregorio Turonense que el autor de esta corona fué san Pedro, en memoria de la corona de espinas del Salvador; y asi es probable que san Aniceto estableciese por decreto lo mismo que hasta allí no era mas que una mera y piadosa costumbre. Lo cierto es que antiguamente solo se dejaba una especie de cerquillo al rededor de la cabeza, estando todo lo demás raído á navaja, á la manera que aun en el dia de hoy lo observan muchos religiosos.

Habia mucho tiempo que nuestro santo papa suspiraba por el martirio. Aquel ardiente zelo que manifestaba por conservar en su pureza el sagrado depósito de la fe, y por dilatar el reino de Jesucristo, parecia hacerle acreedor á este insigne favor del cielo; y asi fué coronado con el martirio en la persecucion de Marco Aurelio, hácia el año del Señor de 167, y su santo cuerpo fué enterrado por los cristianos en el cementerio de Calixto.

El año de 1590, Minucio, arzobispo de Munich, y secretario de Guillelmo, duque de Baviera, llevó á aquella ciudad la cabeza de nuestro santo, y la colocó en la iglesia de los padres de la Compañia, donde es venerada con singular devocion.

En el de 1604, habiendo mandado el papa Clemente VIII, que todos los cuerpos santos que se hallasen en dicho cementerio de Calixto, fuesen sacados de él, y trasladados á lugar mas decente y honorífico, Juan Angel, duque de Altaemps, pidió y consiguió del papa el cuerpo de san Aniceto; y mandando labrar una magnífica capilla, colocó en ella este inestimable tesoro en un suntuoso sepulcro

de mármol, donde es venerado con la mayor devoción. El mismo duque hizo el elogio de nuestro santo pontífice en estas pocas palabras: « Si la perfecta inteligencia de la sagrada Escritura; si la inocencia y la santidad de vida; si la gloria del martirio bastan cada una de por sí, como todos lo confiesan, para hacer á un hombre inmortal; ¿qué se deberá pensar del mérito y de la gloria de san Aniceto, en quien todas estas cosas se juntaron? »

La misa es en honra del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos beati Aniceti, martyris tui atque pontificis, annua solemnitate laetificas; concede propitius, ut ejus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tu bienaventurado mártir y pontífice Aniceto; concédenos que consigamos la proteccion de aquel, cuyo nacimiento al cielo celebramos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 5 del libro de la Sabiduria, y la misma del dia XI,

NOTA.

« Los que dudan que Salomon fuese autor del libro de la Sabiduria, no hacen reflexion á estas palabras que dice de sí mismo el autor de dicho libro en el capítulo 9, hablando con Dios: *Vos me escogisteis para rey de vuestro pueblo, y para juez de vuestros hijos y de vuestras hijas, y me mandásteis edificar un templo en vuestro santo monte, y un altar en la ciudad de vuestra habitacion.* Es probable que el libro de la Sabiduria fué la primera obra que compuso Salomon despues que el Señor se la cedió. »

REFLEXIONES.

Luego erramos el camino de la verdad. La consecuencia es legitima y verdadera; el discurso cabal y bien hilado. Pero; qué desesperacion es la de un dolor y un arrepentimiento inútil! Para un hombre de vergüenza no hay cosa mas sensible ni mas ruborosa que haberse engañado. Nunca se reconoce el error sin alguna confusion; pero cuando ha nacido de pura necesidad, de pura simpleza; cuando ha sido únicamente por culpa del que yerra; cuando el desacierto conduce á la última desdicha, y esa sin remedio; ¿cuánto distará de la desesperacion el arrepentimiento? No hay suplicio mas cruel que aquel en que sirven de tiranos el entendimiento y el corazon.

Luego nosotros anduvimos errados y descaminados: *Ergo erravimus.* Nosotros, que tanto nos hacíamos respetar; nosotros, que éramos reputados por hombres de grande entendimiento, y teníamos lástima de los que iban por el camino real y derecho; nosotros, que éramos los dioses de la tierra, en cuya presencia todos se encorvaban; nosotros, á quienes todo salia á pedir de boca, y coronados de rosas y flores éramos el alma de las fiestas; nosotras, mujeres del mundo, ídolos de la vanidad, almas de la diversion y del placer; nosotros, que hacíamos chacota de las verdades mas terribles de la Religion, y juguete de las amenazas del Altísimo; nosotros, que solo éramos cristianos por bien parecer: luego nosotros erramos, y erramos en el punto decisivo de nuestra suerte eterna: *Ergo erravimus.* Luego no era verdad que aquellos honores tan superficiales, aquellas riquezas tan caducas, aquellos deleites por la mayor parte tan amargos, podian hacernos felices para siempre: luego no era verdad que aquella vida regalona, ociosa, delicada y licenciosa habia de ser

envidiable : luego no era verdad que mi estado, mi empleo, mi dignidad, mi carácter, mi nacimiento me daban licencia y algun derecho para no vivir cristianamente.

Me imaginaba que aquellas mujeres tan circunspectas, tan virtuosas, que pasaban los días en el retiro y en los ejercicios de piedad, eran dignas de lástima; parecíame su soledad una especie de prision, y su circunspeccion un suplicio intolerable. Pero engañéme : ellas fueron por donde debian ir; yo fui la loca y la descaminada.

Nos insensati vitam illorum aestimabamus insaniam. Insensatos de nosotros, que teníamos por necedad aquella su vida, cuando en rigor no hay otra discrecion ni otra verdadera sabiduría que la de los santos. ¿Es por ventura sabiduría y discrecion caminar á tientas sin saber adónde se camina? ¿es sabiduría y discrecion caer atolondradamente en los lazos del enemigo? ¿es sabiduría y discrecion correr tras de un poco de humo, y cuando mas tras de un fuego fatuo? ¿es sabiduría y discrecion poner á peligro la salvacion eterna, aturdirse uno en sus mismos descaminos, y trabajar con todas sus fuerzas en su propia ruina? Pues esta es nuestra conducta : juzguemos ahora cuál será nuestra discrecion y nuestra sabiduría.

Pero nos arrastró el amor de los deleites; otra prueba de nuestra insigne locura : *Lassati sumus in via iniquitatis.* Nos hemos fatigado á puro andar por el camino de la maldad. ¿Hay camino mas fragoso, mas áspero, ni mas penoso que el nuestro? Siendo presa infeliz de todas las pasiones, blanco de toda la malignidad del corazon humano, victimas de la ambicion, de la concupiscencia y de la envidia; ¿qué crueles inquietudes, qué mortales angustias, qué insufribles tormentos hemos tenido que padecer! Desconfianza eterna, sobresaltos continuos, sinsabores, disgustos,

desaires y sonrojos, risas forzadas, alegrías artificiales pero vanas, remordimientos tiranos, memoria de la muerte, ¡cuánto no haceis sufrir! Pues esta es aquella vida deliciosa de que hacemos tanta ostentacion. Por nuestra desgracia todos estos pesares son bien fundados, pero vanos; todas estas reflexiones arregladas, pero inútiles. Conocemos el error, nos estremecemos, y nos horrorizamos; pero ya no hay lugar á la enmienda; solo queda el arrepentimiento. Comprende bien toda la amargura y el punzante dolor de estas fatales consecuencias.

El evangelio es del cap. 16. de san Juan, y el mismo que el dia IV, pag. 34.

MEDITACION.

DE LA FALSA ALEGRÍA DEL MUNDO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la alegría imaginaria del mundo no solamente es despreciable, superficial, insulsa, sino que toda ella es una pura simulacion. No hay cosa mas falsa en su origen, no la hay mas inconstante en su duracion, no la hay mas amarga en su fin. Apenas se hallará manantial alguno de alegría mundana que no esté emponzoñado; pocos que no sean malignos; ninguno cuyas aguas sean capaces de apagar la sed.

El satisfacer una pasion, el gozar de un placer, el hacer una grande y rápida fortuna, el lograr una cosa que se deseaba con vehemencia, producen en el alma ese movimiento agradable que se llama alegría. Por algunos momentos parece que se dilata el corazon; ¿pero es muy pura esta alegría? ¿está el alma muy satisfecha con ella? Juzguemos del efecto por la

causa. Sin serenidad y sin calma no hay alegría verdadera. ¿Y hay mucha calma y mucha serenidad en el corazón de los mundanos? Para que un bien merezca este nombre, no basta que agrade; es menester que sea un bien sólido y real, porque sin esto el alma se alegra en falso. ¿Y se encuentran muchos bienes sólidos y reales entre los que causan en el mundo tanta alegría? ¿se halla siquiera uno solo que haga al hombre feliz, y que no le dé fatiga? Las riquezas son unas espinas penetrantes, y un fecundo manantial de inquietudes, disgustos y sobresaltos; los placeres son inseparables de mil remordimientos. Aturda y atolondre el encanto cuanto quisiere: alegría que no se funda en la inocencia, es forastera; si la virtud no la alimenta, está enfermiza; si es vicioso su principio, es falsa. Examina ahora si hay mucha alegría en el mundo. Su misma inconstancia ¿no bastaría para hacerla vana? Hay pocas risas que no sean afectadas en el mundo; apenas se sabe reír en él sin que sea con estudio. Aquellos que se llaman desahogos del corazón, como son tan violentos, no pueden ser duraderos. Hablando con toda propiedad, los asomos de la alegría mundana no son mas que apariciones; si se apodera del corazón, no está lejos la tristeza, ó por mejor decir, esta jamás se aleja del todo, y muchas veces no desaparece mas que á los ojos del que mira: de aquí proviene que las pendencias, las riñas, y los mayores excesos del furor suelen nacer, digámoslo así, en el mismo regazo de esa falsa alegría. Alegría mundana, alegría artificial, alegría postiza, vano fantasma de alegría: no es menester mas que un poco de entendimiento para conocerlo así. ¡Ah buen Dios! ¿cuándo daréis al mundo el entendimiento y la religion que baste para que destierre de sí un error tan universal? ¿cuándo dejará de engañarnos, y cuándo dejaremos nosotros de apacentarnos con él?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la alegría mundana se puede comparar á aquellos árboles siempre verdes y siempre floridos, que puramente sirven de adorno á los jardines, y cuyo fruto, por lo comun, es muy amargo. Esas alegrías de bulla y de tumulto, esas fiestas brillantes, esos saraos, esas mesas de juego, esos banquetes y diversiones, aun suelen costar mas al corazón que á la bolsa: á esta la dejan vacía, pero á aquel ¿cómo lo dejan!

¿Hay fiesta, hay diversion, hay alegría del mundo sin inquietud, sin envidias, sin zelos y sin zozobras? El tumulto y la disipacion embargan y suspenden el sentimiento por algun tiempo; pero dura poco el encanto. Caen las flores en el suelo, y queda en el fruto la amargura; los remordimientos punzan, los pesares despedazan; la envidia, el odio, el miedo, el sobresalto, y otras mil pasiones hacen pagar bien caras aquellas gotas de dulzura, que el mundo nos vendió á tan alto precio. Lograste algunos intervalos de estos gustos, de estas alegrías tan ponderadas: ¿y qué te quedó de ellas? ¿Qué queda en la cuaresma de las diversiones y de las bullas del carnaval? remordimientos y arrepentimientos; pero aun estos pueden ser frutos saludables. Escozores, disgustos, amarguras son las reliquias que quedan mas comunmente. A aquellas personas del mundo, que por su edad ó por sus achaques están desterradas de sus diversiones y de sus gustos, ¿qué les queda de los que en su tiempo tuvieron? Aquel pobre moribundo, ¿qué sacó de lo que se holgó? Acaso la enfermedad que le lleva á la sepultura, un color pálido, y lágrimas amargas. ¿Consolaránle mucho en aquel postrer momento unas alegrías, borradas de la memoria para el gusto, y solo

impresas en ella para el dolor? Pero ¿y qué les ha quedado de todas las fiestas mundanas á aquellos infelices condenados, que despues de su muerte están ardiendo ya en las llamas eternas? Si en aquellas alegrías se hallaba algun bien real y verdadero; si erar digno objeto de una noble ambicion; si merecian nuestras ansias; si nos eran lícitas y permitidas, ¿porqué nos dejaron tan crueles, tan amargos dolores? ¿porqué tan justo arrepentimiento?

¡Oh mi Dios, y qué advertidos, qué discretos fueron los santos en mirar todas esas alegrías como ilusiones, ó como relámpagos que por lo comun vienen acompañados de rayos y tempestades! Bien persuadido estoy yo de esta misma verdad; bien conozco todo el veneno de este error; ¡y en medio de esto todavía suspiraré por este vano fantasma! Haced, Señor, que descubriendo bien la falsedad de esta aparente alegría, conozca todo el mérito y valor de aquella saludable tristeza que es la herencia de los escogidos, y á la cual se sigue siempre la eterna felicidad. Amen.

JACULATORIAS.

Beatus vir qui non respexit in vanitates et insanias falsas. Salm. 39.

Bienaventurado aquel que no se deja llevar de vanidades y locuras.

Risum reputavi errorem, et gaudio dixi: Quid frustrá deciperis? Ecles. 2.

Siempre tuve la risa por necedad, y la alegría mundana por engaño.

PROPOSITOS.

1. Lleno está el mundo de brillanteces aparentes; pero ninguna salta tanto á los ojos como aquella falsa alegría de que hace tanta ostentacion. Siempre se rie

en él por artificio, siempre con hipocresía. ¡Cosa extraña! siendo la alegría el barniz de todas las diversiones del mundo, en ninguna parte hay tanta melancolia, tanta tristeza, tanta zozobra como en el corazon de los que parecen mas alegres. Ellos mismos lo confiesan así, y no es menester otra prueba que su misma conducta. Aquel aire desembarazado y risueño, aquellos ensanches del corazon, aquella jovialidad de profesion, todo es una máscara que encubre mil congojosos cuidados, es un disfraz que procura ocultar á nuestros ojos un corazon atestado de tristeza. Y todo esto ¿será muy inocente? Toma hoy mismo la resolucion. Primero: De no intervenir jamás en esas peligrosas diversiones; de no asistir á esas fiestas mundanas, en las cuales corre tanto peligro la inocencia; de no parecer jamás por ningun pretexto en el baile, en la casa del juego, ni en los espectáculos. Segundo: De no permitir que tus hijos y dependientes concurren á semejantes lugares, de que debe voluntariamente desterrarse todo cristiano. Tercero: De no perder ocasion de descubrir á los otros, especialmente á tus hijos y familia, el veneno de esas alegrías. ¡Qué mayor crueldad que ver el fuego, la ponzoña y los lazos que el enemigo prepara en todas partes, y no hablar una palabra! Grita eternamente contra estas fatales ilusiones.

2. Nunca puede haber razon para tomar veneno, con pretexto de que es grato al paladar, y que despues se tomarán preservativos. Mira como ponzoñosas todas esas alegrías mundanas, y anda con mucho cuidado aun en las diversiones que parecen mas lícitas y mas inocentes. Acuérdate que ni la atencion ni la urbanidad han de ser en perjuicio de la salvacion. ¿Tienes que hacer una visita, que concurrir á un sarao? prevenite antes con el contraveneno á los piés de tu crucifijo. ¿No te puedes excusar de asistir á una

boda, de salir por unos dias á una casa de campo? lleva siempre contigo el pensamiento de la muerte, porque no hay remedio mas eficaz para desvanecer los mas peligrosos atractivos. Siempre que se rie, se representa una comedia; y si no, figúrate cómo estará esa persona tan jovial y tan risueña, en la hora de la muerte.

LA BEATA MARÍA ANA DE JESUS, VIRGEN.

Si en todos tiempos la imperial y heroica villa de Madrid ha sido feliz cuna de personas esclarecidas en santidad, armas y letras, apenas entre las que mas la han ilustrado se hallará una que pueda compararse con la beata María Ana de Jesus, honor inmortal de su sexo, virgen castisima, y teatro admirable de las operaciones mas portentosas de la gracia. Nació esta sierva de Dios en la referida villa en enero del año de 1565, y fué bautizada en la parroquia de Santiago en 21 del mismo mes y año. Sus padres Luis Navarro, Ladron de Guevara, y Juana Romero de Villalpando, aunque ilustres por la nobleza de su linaje, lo eran todavía mas por la piedad cristiana que resplandecia en sus obras. La frecuencia de sacramentos, la distribucion de copiosas limosnas, la visita de hospitales y otros ejercicios igualmente caritativos, fueron los medios de que se valieron para alcanzar de Dios el fruto de bendicion con que los enriqueció, y para manifestarle por él su agradecimiento. Desde los primeros años se dejaron ver en esta santa indicios nada equivocos de su futura santidad: jamás se la vió llorar ni incomodarse, cosa tan natural en los niños, y que es como la primera señal de la corrupcion de nuestra naturaleza; el alimento lo tomaba escaso, como si ay

desde entonces empezase á ayunar; y en la dulzura y apacibilidad de su rostro, que era hermosisimo, indicaba bien la alegría y tranquilidad de su alma. A estas felices señales se juntaron otras no menos admirables que seguras, por las cuales se denotaban mas claramente las propensiones del corazon.

Si la llevaban á la iglesia, la veian transportarse de gozo al tiempo de la elevacion de la sagrada hostia; y sus inocentes ojos se fijaban con tanta intension en las imágenes de Jesus y de María, que desde luego se echó de ver la gran devocion que habia de tener á la Madre de Dios, y cuan de cerca habia de seguir las huellas dolorosas de su Hijo crucificado. Al paso que iba creciendo, se iban verificando con mayor claridad y extension los anuncios de su santidad. Apenas tenia cumplidos los cuatro años, cuando ya se admiraban en esta santa niña los ejercicios de la virtud mas sólida, en lugar de aquellos entretenimientos pueriles que suelen divertir y á veces corromper los primeros años. Miraba á los pobres con ojos compasivos; y acreditando con las obras la ternura de su corazon, distribuia entre ellos, no solamente la comida que sus padres la daban, sino cuanto podia allegar á sus manos. A los enfermos de su casa los alentaba con dulcisimas palabras á sufrir con paciencia los dolores; y cuando en compañía de su madre visitaba á los de fuera, su modestia y compostura producian el mismo efecto. Todo esto era causado del recogimiento y de la oracion que en aquella tierna edad hacia la santa niña; porque retirándose á los sitios mas apartados de su casa, la veian frecuentemente de rodillas delante de alguna imagen de Cristo crucificado, unas veces bañado el rostro en lágrimas, y otras cercado de resplandores, tan suspensa y anegada, que parecia estar privada de sus sentidos. Como Dios era su maestro, segun afirma la santa en